



demas se pusieron en huida. Con esto los cristianos quedaron libres de un gran cuidado y congoja, por considerar el peligro en que las gentes de África pondrían á los que apenas podrian contrastar al poder de los moros de Córdoba. Para que el fruto de la victoria fuese mayor, pareció apretar á los moros que vencidos y medrosos estaban, y en seguimiento de la victoria dar el gasto á los campos y pueblos de la Lusitania hasta llegar á Guadiana; en particular las tierras de Mérida y de Badajoz padecieron mayores daños. El espanto de los naturales fué tan grande, que procuraron tomar algun asiento con el vencedor hasta comprar por gran dinero la paz. Esto sucedió el año quinto del reinado de Don Ordoño, que se contaba 918 de nuestra salvacion.

El rey, concluidas tan grandes cosas, dió la vuelta, y con recibimiento á manera de triunfo, entró en la ciudad de Leon, que por la comodidad de su tio pensaba hacerla real y asiento de aquellos reyes. Con este intento procuró ensancharla y adornarla de nuevos edificios. En primer lugar, trasladó á su real palacio el templo de San Pedro y San Pablo en que estaba la silla del obispo, por estar fuera de los muros y correr peligro; palacio que los moros antiguamente edificaron para que sirviese de baños, obra de grande anchura y majestad. Puso nombre al dicho templo de Santa Maria Virgen, dado que otras dos partes del mismo fueron consagradas, la una en nombre del Salvador y la otra de San Juan Bautista. Despues desto, para acrecentar la majestad del nuevo templo, se hizo el rey coronar en él por mano del mismo obispo; cosa no usada ántes deste tiempo y principio, de donde los reyes que ántes se decian de Oviedo, se comenzaron á intitular reyes de Leon. Desta ocasion la ciudad de Oviedo vino poco á poco en tan gran disminucion, que con el progreso del tiempo perdió el nombre de arzobispado, y áun en nuestra era no tiene voto en las Córtes del reino; daño que entiendo ha sucedido por descuido de sus ciudadanos más que por mala voluntad de los reyes. Conforme á esto, entre las memorias y privilegios deste tiempo, advierten los aficionados á la antigüedad que en algunos D. Or-

doño se intitula rey de Oviedo, y en uno dellos dice que reina en Leon. Demas desto, añaden que este rey trasladó la dignidad de obispado á la ciudad de Mondoñedo, que ántes estaba en Rivadeo, dado que á otros les parece que los obispos de Mondoñedo antiguamente se llamaron Vallibrienses.

Entre tanto el rey de Córdoba Abderrahman Almanzor, encendido en deseo de satisfacerse de los dias pasados, y volver por su honra, con las fuerzas y gentes de su reino por la parte de Lusitania entró en Galicia hasta llegar á un pueblo llamado Rondonia; Sampyro le llama Mindonia. En aquel lugar se juntaron los reales de los moros y de cristianos: pelearon con gran denuedo y porfia, cayeron muchos de ambas partes, duró la batalla hasta que cerró la noche sin quedar la victoria declarada, bien que cada cual de las partes se la atribuía, los nuestros por haber forzado al enemigo á salir de Galicia, los bárbaros, porque vencidos tantas veces, continuaron la pelea hasta que faltó luz. Dióse esta batalla año de novecientos diez y nueve. No mucho despues, el rey de Córdoba, con nuevas levadas de gente que hizo, y nuevos socorros que le vinieron de África, corrió las tierras de cristianos, y en particular las de Navarra y Vizcaya. El rey D. Ordoño, movido por el peligro que corría D. Sancho García, por sobrenombre Abarca, rey de Navarra, y á sus ruegos, marchó con su campo contra los moros. Dióse la batalla en el valle de Juncaria, que hoy se dice Junquera, año novecientos veintiuno, que fué no ménos herida y porfiada que la que poco ántes se diera en Galicia. Los de Leon y de Navarra peleaban con grande ánimo como vencedores por la patria y por la religion; los moros no les reconocian en nada ventaja, ántes llevaron lo mejor, porque el conde de Aragon, que llaman Garci Aznar (mejor viniera Fortun Jimeno su hijo) murió en aquella pelea, y despues della, aquella parte de Vizcaya que se llama Álava quedó por los moros.

Quedaron otros presos en la batalla dos obispos, Dulcidio de Salamanca y Hermogio de Tuy, que concertaron su rescate, y en tanto que le pagaban, dieron rehenes en su lugar,

## CAPÍTULO XVI

### Reinado de D. García y D. Ordoño el Segundo.

El poder adquirido malamente no suele ser duradero. Así D. García, el reino que tomó por fuerza á su padre, tuvo solos tres años. En este tiempo hizo de nuevo guerra á los moros; entró por sus tierras, talólos los campos, saqueólos los lugares, y á un señor moro llamado Ayola, que le salió al encuentro, venció en batalla y le cautivó; pero á la vuelta, por culpa de las guardas, se les escapó cerca de un lugar llamado Tremulo. El rey falleció en Zamora, año de nuestra salvacion de 913. No dejó sucesion; por esto D. Ordoño, su hermano, sabida su muerte, de Galicia, donde tenia el señorío, sin dilacion vino á tomar la corona. Fué buen príncipe y templado, si lo postrero fuera conforme á los principios y no ensuciara sus manos con la sangre inocente de los condes de Castilla. Reinó por espacio de nueve años y medio. Lo primero, para ganar reputacion y quebrantar la soberbia de los moros, con gente de los suyos que juntó, rompió por el reino de Toledo. Puso sitio sobre Talavera, villa principal y de muy alegre suelo y cielo, noble por los muchos moradores y fuerte por sus muros, en gran parte de sillería. Envió el rey de Córdoba buen golpe de gente para so-

correr los cercados; mas fué vencida en batalla y el pueblo entrado por fuerza: puesto á sacó, le quemaron, á causa que no se podia conservar por estar de todas partes rodeado de moros. El gobernador del pueblo con otros muchos fué preso; el ejército, cargado de despojos moriscos y alegre, volvió á su tierra.

El rey de Córdoba, dudoso por aquel principio de lo que podria suceder, y temiendo las fuerzas de aquel rey brioso, envió á rogar con humildad al rey de la Mauritania que de África le proveyese de socorros y de gentes. Vino el africano en ello, movido por el peligro de su nacion, con deseo de rebatir el orgullo de los cristianos que de cada dia más y más mejoraban su partido. Despachó buen número de gente africana, y por su capitán á Almotaraf. Juntóse con éstos el ejército de los moros de España, y por general de todos un moro llamado Avolapaz. Entraron por tierra de cristianos hasta llegar á la ribera de Duero. Salióles el rey al encuentro; dióse la batalla cerca de Santisteban de Gormaz, que fué muy reñida y por grande espacio estuvo suspensa sin declarar la victoria; últimamente, muertos los dos capitanes moros y gran número de su gente, los





en particular por Hermogio entregaron un sobrino suyo, hijo de su hermana, doncel en la flor de su edad, por nombre Pelayo. Su hermosura y modestia corrian á las parejas. Por lo uno y por lo otro, el rey bárbaro, de suyo inclinado á deshonestidad, se encendió grandemente en su amor. Aumentábase con la vista ordinaria la llama del amor torpe y nefando. El mozo, de su natural muy modesto, y criado en casa llena de sabiduría y santidad, resuelto de defender el homenaje de su limpieza, dado que diversas veces fué requerido, resistió constantemente. Despues, como el rey le hiciese fuerza, dióle con los puños en la cara. Esta constancia y celo de la castidad le acarrió la muerte: por mandado de aquel bárbaro impío y cruel, fué atezado y hecho pedazos, los miembros echaron en Guadalquivir: el amor, cuanto es mayor, tanto se suele mudar en mayor rabia. Sucedió esto domingo á veintiseis de Junio del año novecientos veinticinco. Diósele honra como á mártir, y fué puesto en el número de los santos. Recogieron las partes de su cuerpo y sepultáronlas en San Gines de Córdoba, la cabeza en el cementerio de San Cipriano. Débese tanto más estimar la gloria desta hazaña, que no tenía más de trece años y medio cuando dió tal muestra de su virtud. Rosvitha, doncella de Sajonia, por este mismo tiempo cantó en verso heroico, aunque algo diferentemente, la muerte del mártir Pelagio.

Siendo rey de Leon D. Ordoño, y de Francia Carlos el Simple, un presbítero llamado Zanelo vino á España enviado por el papa Juan, décimo deste nombre. Con esta ocasion volaba la fama de la devocion y milagros del Apóstol Santiago por todas partes. Era muy célebre el nombre de Sisnando, obispo de Compostella. El pontífice, por cierto hombre que le envió con sus cartas, pidió le hiciesen participante de sus oraciones, para que, por medio y intercesion del Apóstol Santiago, en vida y en muerte fuese ayudado. Sisnando despachó á Zanelo para dar la obediencia al pontífice; dióle otrosí el rey cartas para el mismo con sus presentes. Zanelo, cumplido lo que le mandaron, pasado un año entero, volvió á España cargado de muchos libros, demas

desto con autoridad de nuncio del papa (quien dice fué cardenal) y comision de informarse de todo lo que pertenecía á la religion. Estaban los romanos de muy antiguo persuadidos que el oficio divino gótico tenía muchas cosas erradas, que usaban de ceremonias en la misa extraordinarias, y enseñaban opiniones contrarias á la verdadera religion. Zanelo, en cumplimiento de lo que le era ordenado, revolió con diligencia los libros eclesiásticos que pudo haber, y aunque las ceremonias eran diferentes, halló al reves de lo que se sospechaba, que todas las cosas concordaban con la verdad. Vuelto á Roma, en una gran junta de Padres relató al pontífice lo que llevaba averiguado. Ellos dieron gracias á Dios por aquella merced, y juntamente aprobaron aquellos libros. Solamente mandaron que en la secreta de la misa usasen de las palabras que usaba el oficio romano. Porque á la verdad, las palabras de la consagracion, aunque la sustancia era una, las tenía mudadas en esta forma: «Este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Este es el cáliz del Nuevo Testamento en mi sangre, que por vos y por muchos será derramado en remision de los pecados.» Palabras de que aún en nuestra era no usan los que con beneplácito de los pontífices dicen misa mozárabe. Este fin, tuvo entónces aquella controversia, á que empero otras muchas veces se volvió hasta tanto, que vencida la constancia ó porfia de los españoles, trocaron el oficio mozárabe con el romano, como se dirá en su lugar.

Volviendo á las cosas del rey, desde el tiempo que se dió la batalla en Junquera, pareció haberse mudado la fortuna de la guerra. Todavía el rey D. Ordoño, con deseo de honra y en su compañía el mismo rey de Navarra, entraron por tierra de moros, y en particular trabajaron los campos y pueblos de la Rioja: con esto el rey D. Ordoño dió vuelta á Zamora. No hay en las cosas humanas entero gozo y contento: toda aquella alegría se trocó en tristeza con la muerte de la reina Munina Elvira, señora de grandes prendas: dejó estos hijos, D. Sancho, D. Alonso, D. Ramiro, D. García y Doña Jimena. Casó el rey segunda vez con Ar-



gonta, hembra de alto linaje en Galicia, y no mucho despues por sospechas la repudió á tuerto y sin razon, como se entendió por el suceso de las cosas y arrepentimiento del rey. En su lugar puso á Sanctiva, hija de D. Garci Iniguez, rey de Navarra, con voluntad del rey D. Sancho, su hermano. Juntaron los dos sus fuerzas, y en una entrada que hicieron de nuevo en la Rioja, se apoderaron por fuerza de Nájara, que los antiguos llamaron Tricio, y de otro pueblo llamado Vicaría, en donde en tiempo de los godos se entienda hubo una chancillería, como lo dice D. Rodrigo, y por esta causa le dieron este nombre. Hasta aquí las cosas del rey D. Ordoño procedian de manera que

muchas dellas se podian alabar, y pocas reprehender, cuales se disimulan con los reyes. Es muy dificultoso enfrenarse con la templanza los que tienen suprema potestad, y nunca tropezar en tanta diversidad de cosas casi imposible. La muerte que este rey dió muy fuera de sazón y sin propósito á los condes de Castilla, pareció afean toda la gloria pasada. Este desórden en qué manera haya sucedido, y por qué causas el rey estuviese dellos ofendido, se dirá tomando el negocio un poco de más arriba, con una nueva narracion que declare los principios y progresos que algunos señoríos los más principales tuvieron antiguamente en España.